

Los de sencillas almas han creído,  
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella  
La marcha caprichosa  
Al través de la atmósfera azulada;  
De Seleucia la bella  
Capital de los partos afamada,  
Partió una caravana numerosa:  
Tres magos, sapientísimos varones,  
De su nación orgullo y altiveza,  
De numerosos siervos escoltados,  
Cabalgando en camellos abrumados  
Só la alta pesadumbre  
De muchos, ricos y preciosos dones  
Destinados á aquel que en la pobreza  
Quiso nacer del mundo; se encaminan  
Del astro amigo á la esplendente lumbre  
Á la feliz Belen: á diestra mano  
Dejan detrás de sí, como declinan  
Del Eufrates undoso al seco llano  
De destrozados mármoles cubierto,  
El campo solitario  
Dó en otro tiempo fué Babilonia.

El viento del desierto  
Rompe solo el silencio funerario  
De aquella inmensa tumba,  
Y su alentar que en ecos mil retumba  
Con lúgubre ruido  
En el campo de muerte despoblado,  
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,  
¡ De Dios mismo lanzado  
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,  
Tal como la columna luminosa  
Que á la playa arenosa  
Del Rojo mar guiara en otros días  
Las fugitivas turbas palpitantes  
Del pueblo de Israel; en las sombrías  
Noches, y cuando el sol en su carrera  
De luz inunda la terrestre esfera;  
La estrella conductora,  
De la dicha del mundo anunciadora,  
Como mortal viajero, caminando,  
Ya recta, ya oblicuando  
En el campo del cielo esplendoroso,  
Vá en curso caprichoso  
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo  
El hora del viajero apetecida  
Llega, la clara estrella, suspendida  
Sobre las tiendas candidas, parece  
Que en su lecho de nubes se adormece;  
Y la aurora venida,  
Dá otra vez la señal de la partida.

Así pasando van por la llanura  
Tan rica de verdura  
De la opulenta Asiria y sus ciudades;  
La populosa Arbela,  
La altiva Cangamela,  
Dó del gran Macedon al fuerte brio  
Quedó deshecho el infeliz Darío;  
Y aquel funesto ejemplo á las edades,  
El campo dó fué Niive altanera,  
Que en inflamada hoguera  
Del cielo en rojos mares desprendida,  
Castigo de sus torpes liviandades,  
Toda quedó en pavesas reducida,  
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura  
De la estrella la marcha infatigable,  
Pisaron la comarca bendecida  
De la Mesopotamia: deleitable  
Región, entre los cauces comprendida  
Del Eufrates y el Tigris caudalosos;  
Y luego en los senderos arenosos,  
A la lumbre del astro que camina,  
Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro día  
Cuando el sol mas fulgente relucía,  
Las elevadas torres divisaron  
De una grande ciudad, cuyas agudas  
Veletas, en los aires descollaban  
Sobre las cimas áridas, desnudas,  
De las montañas mil que la cercaban.  
Y los pechos henchidos de alegría,  
« ¡ Jerusalem! ¡ Jerusalem! » gritaron,  
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente  
Fatigados, llegaron con premura  
A apagarla en la linfa trasparente  
De una cisterna oculta en la verdadera  
Que á la orilla del árido camino  
Les deparó el destino.  
Desalterados ya, la amiga estrella  
Volviéronse á mirar; mas los cutados  
Ni el astro luminoso, ni su huella  
Pudieron descubrir; desorientados  
Á la santa Salen se dirigieron:  
« Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,  
Cuna feliz del jóven rey Mesías  
Que anuncian las antiguas profecías:  
¿ A qué dudar? — Por la primera puerta  
Que entremos en Salen, las colgaduras  
Precias, las esencias olorosas,  
Los ramos de palmera entretrejididos,  
Los alegres sonidos  
De las arpás hebreas; las ruidosas  
Danzas, y los triunfales alaridos,

Bastante nos dirán, sin duda alguna,  
Dónde del niño rey yace la cuna. »

Mas al entrar por la ferrada puerta,  
De la ciudad famosa,  
Melancólica, mustia y silenciosa,  
Cual si de hombres hallárase desierta,  
La vieron con espanto. Una espaciosa  
Calle tomaron, en la cual se vian  
De distancia en distancia algunos hombres  
Que el extranjero séquito miraban  
Y entre sí recatados departian  
Ó en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los magos preguntaban  
Por el rey inmortal recién nacido;  
Pero los salemitas se admiraban:  
« ¿ En dónde habeis oído  
Esa nueva feliz? » les respondian,  
Y con aire de duda sonreian.  
« El que reina en Judá no es el Ungido  
Del Señor, ni del pueblo el escogido:  
Es un vil extranjero,  
Quien del trono á los bárbaros comprado  
No tiene por fortuna un heredero. »

Los sabios con semblantes consternados  
Siguieron por la calle populosa  
Dó en mas felices dias descollaba  
Con ¡ tanta majestuosa  
De David el palacio celebrado.  
De la fábrica antigua esplendorosa  
En el recinto ahora destrozado,  
Levantaron sus tiendas los viajeros  
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso officiosos servidores  
Del rey, fueron ligeros  
Á contarle de aquellos extranjeros  
La venida y sus causas. — Mil temores  
Asaltaron entónces al tirano.  
« ¿ Acaso un sueño vano  
Podrá ser de los sabios soñadores?  
¿ Ó el verdadero Schilo en otros dias  
Por el mismo Jacob vaticinado? »  
Entónces de la ley á los doctores  
Convocó á su palacio sin tardanza.  
« ¿ En dónde ha de nacer el rey Mesías? »  
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:  
Mas ellos no dudaron,  
Y, « en Belen de Judá, » le contestaron.

Herodes, al oírlos, en el pecho  
Su temor encerrando y su despecho,  
Á los sabios de Iran lamó en seguida;  
Y como la serpiente, que escondida  
Entre las flores del ameno prado,  
Y acaso deja ver el tachonado

Cuerpo, mas nunca el arma bipartida  
Que causa al hombre la mortal herida;  
Con benévola faz, disimulando  
Su malvada intencion, va preguntando  
Cuanto ansia saber, y satisfecha  
Ya su sangrienta saña: « Id en buen hora, »  
Les dijo á los que libres de sospecha  
Le escuchan: « á ese niño á quien ya adora  
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;  
Y así que su mansion hayais hallado,  
Me avisareis, á fin que el homenaje  
Le lleve de mi humilde vasallaje. »

Y los magos partieron,  
Y presurosos de Sion salieron  
Por la segura puerta  
De Damasco llamada. — En el altura  
Vieron resplandecer con lumbre pura,  
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha ántes incierta  
Siguieron por el áspera llanura  
De regocijo llenos;  
Mas cuando mas ajenos  
De alguna variacion, van caminando  
Del rey profeta á la ciudad; cambiando  
De direccion la estrella en su camino,  
Sobre un establo rústico vecino  
Entre las blancas nubes descendiendo,  
De pronto se detuvo. El portentoso  
Prodigio los viajeros comprendiendo  
Con ademan humilde y respetuoso  
De sus cabalgaduras desmontaron  
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido  
Con riquísimas cintas, desataron,  
Y el polvo del umbral enaltecido  
Á las añosas frentes elevaron.  
Y al ver al celestial recién nacido,  
Postrados contra el suelo, le adoraron;  
Primero en gracia si en amor segundo,  
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos  
De preciadas maderas construidos,  
Sacaron los perfumes olorosos  
En los campos del Yemen recogidos  
Y oro puro; presentes misteriosos,  
Tesoros y perfumes ofrecidos;  
El oro al rey, la mirra al sér humano  
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena  
De mundano esplendor que vió Maria,  
Cuya primera edad pasó serena  
Del templo entre la mística armonía:

La otra de pasmos y prodigios llena,  
Un porvenir le anuncia de agonía,  
De tales penas y de angustias tales  
Que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los magos á su tierra  
Queriéndose volver, se encaminaron  
Hacia Sion por la elevada sierra;  
Mas apenas sus torres divisaron  
El paso un ángel del Señor les cierra,  
Y advertidos por él, atrás tornaron,  
Para evitar de Herodes implacable  
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hábitos huyeron  
Segun la indicacion del sér divino,  
Y á otro confin sus pasos dirigieron  
De mas seguro y plácido camino:  
Y en su rápida fuga prosiguieron  
A la lumbre del sol y al vespertino  
Resplandor, que, curando su fortuna,  
Blanda les vibra la argentada luna.

## LIBRO OCTAVO.

### LA PURIFICACION.

#### I.

Subiendo va con trabajo  
Por una elevada sierra,  
Reducida caravana  
De dos personas compuesta:  
Mas no son dos; que si osado  
Las orlas el aire eleva  
Del cumplido manto oscuro  
Que reviste á la una de ellas;  
Tal como acaso la luna  
En noche clara y serena  
Entre blancas nubecillas  
Asoma la faz risueña:  
Así entre cándidas tocas  
Que á los rayos reverberan  
Del sol, de un hermoso niño  
Se ve la rubia cabeza.  
Muger es la que en sus brazos  
El hermoso niño lleva,  
Muger y madre sin duda;  
Que solo así la terniza  
Tener pudiera y cuidado  
Con que á su seno le estrecha.

Muger es, y de la vida  
Parece llegar apenas  
Al florido umbral, dichoso,  
De la humana adolescencia.  
Muger es, y tan hermosa  
Es la faz que Dios le diera  
Que mas que muger humana  
Parece divina esencia:  
Y nunca, ni cuando Fidas  
Halló en la famosa Grecia  
Vivientes originales  
Á sus estatuas eternas;  
Ni cuando allá al primer hombre  
En las dichosas riberas  
Del perdido Eden, llegara  
Nuestra madre comun, Eva;  
Jamás á mortales ojos  
Ofreció naturaleza  
Ni un levisimo trasunto,  
Ni la mas remota idea,  
De tan celeste hermosura  
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante  
Va por la escabrosa senda,  
Y ya toca de la vida  
Á la estacion postrimera.  
Vejez lozana es la suya,  
Pues aunque vivos platean  
Del sol á los puros rayos  
La barba y la cabellera;  
En su marcha y apostura  
Se ve que intactos conserva  
El vigor y la energia  
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,  
De elevada stirpe régia,  
Son los que á pié caminando  
Van á Sion la altanera.  
Allá van, de sus mayores  
Para prestar obediencia  
Á las leyes que ordenaban  
A las mugeres hebreas  
Purificarse en el templo  
Después de dias cuarenta  
Del parto, y dar en rescate  
Una cantidad pequeña,  
Por la cual libre quedaba  
Su generacion primera.  
Que, si bien libre de mancha,  
La esposa de Dios escelsa  
Quiso á la ley sujetarse  
De Moisés el gran profeta,  
Confundiéndose entre la turba  
De las hembras de su tierra  
La sempiterna corona  
Con que Dios la enalteciera.

Y haciéndoles un saludo  
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante  
Entró en el sacro recinto  
Una profética viuda  
Que en ayunos y silicios  
En el templo dia y noche  
Servia al sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos  
El sumo reciennacido,  
Con llanto de amor gozoso  
Y en apasionados gritos,  
Cantó alabanzas y glorias  
De Jehová y de su hijo.

Y así por altos fines,  
Belen con sus pastores;  
De bárbaros confines  
Los magos y doctores;  
Los jóvenes y ancianos,  
Los fieles y paganos  
Cantan con alto júbilo  
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora  
Del despertar del mundo,  
Donde el Eterno mora  
Oyese un ¡ay! profundo  
De sin igual contento,  
¡Suavísimo concerto,  
Que entonan los arcángeles  
Al hijo Salvador!...

#### III.

Del patio postrimer vedado estaba  
Trasparar á las hembras los umbrales,  
Y triste allí por tanto se detuvo  
Del gran rescatador la tierna madre.  
El patriarca, de gozo estremeado,  
En sus brazos tomando al rubio infante,  
Á la sala se entró donde ofrecian  
El nacido primero á Dios los padres.  
Mas dentro del santuario preferido  
Faltaron profecías y señales  
Y ojos ningunos vieron el aurora  
De aquel sol de justicia fecundante;  
Que sumidos del vicio en la ceguera  
Los ministros del templo principales,  
Dejaban privaciones y virtudes  
Á los simples levitas; y arrogantes  
De las humanas y divinas leyes  
Reian, y en feroz libertinaje  
No como sacerdotes del Eterno  
Vivian, mas cual pérdidas magnates,  
Príncipes opresores de los pueblos,  
Pontífices del oro y las maldades.

#### II.

Apénas los dos esposos  
Entraron de gozo henchidos  
Del Salomónico templo  
En el sagrado recinto,  
Contra su seno estrechando  
La madre al eterno niño,  
Y José las dos palomas  
Llevando del sacrificio,  
Y los siglos del rescate  
Por la sacra ley pedidos:  
Simeon, un santo anciano,  
Del espíritu impelido  
De Dios, entró presuroso  
Del templo en el peristilo.  
Y al mirar el régio aspecto  
De los santos peregrinos,  
Entre los toscos pañales  
Del pueblo, al divino Cristo  
Reconoció; y del regazo  
Materno tomando al niño,  
De lágrimas amorosas  
Los ojos humedecidos,  
Esclamó con voz cortada  
Por sus ardientes suspiros:

«¡ Ahora, Señor Dios, venga la muerte,  
El anciano la aguarda sin temor,  
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,  
Al Cristo Salvador!

¡Al que verá la humana muchedumbre  
Sentado só el espléndido dosel,  
Á ser del universo eterna lumbre  
Y gloria de Israel!

¡El que será á millares de millares  
Salud y libertad y salvacion;  
Y á los que no veneren sus altares  
Eterna perdicion!

¡Objeto santo de perenne culto  
Será para los puros corazones;  
Mas de saña feroz y fiero insulto  
Y afrentas y baldones,

Al perverso será, que del pecado  
Se complace, entre el fétido albañal!  
Y de dolor intenso traspasado,  
El seno maternal será rasgado  
Como de un agudísimo puñal.»

Y despues de un breve espacio  
De silencio entristecido,  
A los dos santos esposos  
Con grave ademan bendijo;

Un sacrificador desconocido  
Recibió de las manos paternas  
De José lo prescrito por las leyes,  
Los argentados cielos y las aves,  
Sin dirigir ni una mirada sola  
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas  
Pasó ignorado el vencedor instante  
En que un mas digno y generoso culto  
Venía á reemplazar de las edades  
Anteriores del mundo las creencias,  
Con doctrinas mas puras y durables:  
Instante en que al antiguo testamento  
Que en la cumbre del Sinái á la errante  
Multitud de Israel dió el Infinito,  
Sucedió una ley mas saludable;  
La buena nueva al mundo, el evangelio,  
Que el mismo Dios traía á los mortales:  
Divina ley, como su autor perfecta,  
Pura como Él, eterna é inmutable;

Y ni en los de Sion espesos muros,  
Ni en sus soberbias, populosas calles,  
Ni en las altivas torres de su templo  
Adornadas de almenas y baluartes;  
Ninguna voz se alzó que en són de triunfo  
Ruidosa al niño rey diera homenaje.  
Y al través de la ciega muchedumbre,  
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,  
Enumeraba ya el divino Cristo  
Aquellos furibundos criminales  
Que iban en breve en gritos sediciosos  
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido  
De la ley el precepto, inevitable,  
A Nazaret sus pasos dirigieron  
Volver á ver ansiando sus hogares.

## LIBRO NOVENO.

### LA HUIDA Á EGIPTO.

#### I.

Feliz el hombre cuya vida pasa  
Dulce y serena en el solar nativo;  
Feliz aquel mortal que no traspasa  
El límite extranjero siempre esquivo:  
¡Feliz aquel que en la paterna casa

Al frío invierno y al calor estivo,  
Respira el aura que meció su cuna  
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte  
Los fieros y rudísimos rigores,  
Cuando á su embate opone un alma fuerte  
Que defienden los célicos amores  
De patria y de familia: ¡y ni la muerte  
Con su tren de fatídicos terrores,  
El corazón espanta enflaquecido  
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la horfandad, ¡con qué ternura  
Le socorren sus deudos y allegados!  
Si del dolor le cerca la amargura,  
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!  
Y en la mayor miseria y desventura,  
¿Qué dolores no fueran consolados  
En pecho de hombre ó corazón de niño  
Con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable  
El hora del morir, ¡con qué consuelo  
Al espirar el plazo inevitable  
Se despide el mortal del pátrio suelo!  
Deja la humana vida deleznable  
Por la vida inmortal, hija del cielo,  
Y llanto amigo de dolor retumba  
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego  
Le alcanzará el perdón de sus errores;  
Y allí á despecho del solsticio fuego,  
Y del torvo aquilon devastadores  
Del monte y la llanura, al dulce riego  
Del llanto del amor, ¡cándidas flores  
Brotarán y aromos yerbecillas  
Dó á posarse vendrán lasavecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado  
Es el duro, tristísimo destino!  
De su dolor tan solo acompañado  
Por el ignoto y áspero camino,  
En el felice tiempo ya pasado,  
Irá pensando el pobre peregrino,  
¡Sin mirar ni en remota lontananza  
El astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura  
Brille del padre sol el puro rayo,  
Ni que del prado ameno la verdura  
La gala ostente del florido mayo?  
Y el murmurar del agua en la espesura,  
Y de las aves el concierto gayo,  
Y el rugir de la mar embravecida,  
¿Qué son al infeliz que vá sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada  
Al dulce clima que nacer la viera,  
Es á remota orilla trasportada  
Por la mano del hombre dura y fiera,  
Y allí, lánguida, triste y deshojada,  
Apénas sombra de lo que ántes era,  
Hacia aquel suelo extraño la mezquina.  
La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,  
Léjos de todo lo que el alma adora,  
Del destino cruel algún consuelo  
Á su agudo pesar en vano implora:  
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,  
En vano el triste entre suspiros llora,  
Y á soledad eterna condenado  
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,  
Acude tarde á terminar los males  
En que pasan la vida sumergidos  
El número mayor de los mortales:  
Á los que de ella están desprevenidos  
De enmedio á los placeres terrenales  
Impía los arranca, y desatiende  
Al que ámbos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida  
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,  
Que de sus negros días la medida  
Prolonga sin cesar airado el cielo:  
Llama y vuelve á llamar la apetecida  
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;  
Mas ella encarnizada no le escucha,  
¡Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable  
La esposa y el esposo condenados,  
Una vida de angustia inesplicable  
En países remotos é ignorados,  
De Dios por el querer inescrutable,  
Arrastrarán los santos desterrados,  
Hasta cumplirse los fijados días  
Del temporal destierro del Mesías.

#### II.

Vueltos José y Miriam del largo viaje  
Apénas, á la baja Galilea;  
Cuando aun las sandalias del camino  
Conservaban acaso las arenas,  
Y sus sensibles pechos, no saciados  
De mirarse de nuevo en la paterna  
Ciudad, apénas crédito á los ojos  
Se atrevían á dar; por la suprema  
Voluntad del que rige de los hombres  
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,

A ruta mas penosa y dilatada  
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño  
Reparador de sus caídas fuerzas  
Descansaba en el pobre lecho, humilde,  
Una noche pacífica y serena;  
Cuando súbito un alto paraninfo,  
Enviado de la suma omnipotencia,  
Cabe al lecho de pié, con argentina  
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:  
« Levántate, le dijo, al niño toma,  
Y á su madre con él; hácia la tierra  
De Egipto, presuroso te encamina  
Y hasta volverme á ver deten la vuelta;  
Que el fiero Herodes del infante en busca  
Rugiendo vá con intención siniestra.»

De espanto lleno con palabras tales,  
El patriarca santísimo despierta,  
Y á llamar corre á la infeliz MARÍA,  
Que del nuevo infortunio el alma ajena,  
El sueño de los ángeles tranquilo  
Duerme, no léjos de la cuna escelsa  
Del niño Dios. — La cariñosa Madre  
Miradas de dolor y angustia llena  
Dirige al hijo caro, y presurosa  
Recoge algunas túnicas modestas,  
Escasas provisiones, y pañales  
Del niño, al cual en su regazo estrecha;  
Y precedida del amante esposo,  
Vertiendo amargas lágrimas, se al-ja  
De la ciudad natal, adormecida  
Á la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino  
Por la difícil tortuosa senda,  
Turba el dudar sus vacilantes pasos,  
Hela el temor la sangre de sus venas. —  
¿Cómo escapar de Herodes iracundo  
Á las incuas tramas encubiertas?  
¿Qué valla á detener será bastante  
Al príncipe feroz en su carrera?  
El, que en las manos con la sangre rojas  
De las víctimas mil de su fiereza,  
El oro derramando, los furiosos  
De sus viles sicarios recompensa;  
¿Dónde se detendrá de su venganza  
En la cruel, mortífera carrera,  
Ora que al par defiende de su vida  
La púrpura real y la diadema,  
Cuando simples sospechas castigando,  
Á tan graves delitos se despeña?

Aun era la estación de invierno frío,  
Y el cierzo que silbaba en las malezas  
Cubría de Miriam el rostro puro  
Con dolorosas y moradas vetas;

Mas ella, de sí propia olvidada,  
Cuidados, atenciones y ternezas,  
Cuanto pueden hacer marchando juntos  
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,  
En torno al hijo de su amor consagra:  
El, monarca del cielo y de la tierra,  
Á cuyo soplo animador, fecundo,  
La creacion del caos salió entera;  
Á cuya voluntad cejan los mares,  
Y se afirman los polos que sustentan  
Los infinitos mundos del espacio  
Para siempre jamás; á cuya inmensa  
Divina voz, con dos palabras solas  
Brotó la luz de en medio á las tinieblas:  
Hora á las duras leyes sometido  
De la humana, mortal naturaleza,  
En el regazo de la tierna madre  
El Cristo salvador de frio tiembla;  
¡Y del susto, y el hambre y la fatiga  
Con fléviles vagidos se lamenta! —  
Y la amorosa madre silenciosa,  
Cual los despojos fúnebres que encierra  
Un sepulcro; de miedo tiritando,  
Mas que de frio, de la angosta senda  
Por las sinuosidades solitarias  
Sus tímidas miradas encadena;  
Y al cimbrarse la caña estremecida  
Al aura de la noche, ó de la espesa  
Enramada al sonar en blando arrullo  
De enamorada tórtola una queja;  
Ó si el rumor se escucha en lo lejano  
De las secas varillas que se quiebran  
Al impulso del viento quebrantadas,  
Ó al cauteloso paso de las hienas;  
Asustada Miriam, á su regazo  
Con amoroso espanto al niño estrecha,  
Creyendo ver alzarse ante su vista,  
Que conturba el temor, la gigantea  
Figura de un feroz, crudo asesino,  
Blandiendo airado la segur sangrienta.  
En tanto que la luna en curso blando  
Sigue al través de la azulada esfera,  
Alumbrando con pura luz, sñave,  
Los cielos y los mares y la tierra.

## III.

Así días tras días caminando,  
Huyendo de las sendas pasajeras  
Y de los pueblos grandes; por las noches  
Refugiándose acaso en las cavernas;  
Amatot ya detrás, se dirijan  
A los llanos de Siria, por veredas  
Estrechadas y escabrosas. Una tarde  
Ya casi oscurecido, de unas peñas  
Cubiertas ya por las nocturnas sombras  
Vieron salir en rápida caterva

Numerosos bandidos. — El patriarca,  
Que iba delante, atrás á la indefensa  
Esposa se volvió, entre cuyos brazos  
Dormía el niño Dios. — Miriam inquieta  
Se detuvo tambien; mientras el caudillo  
De la salvaje turba, que contempla  
El grupo inerme con asombro mudo,  
Siente que aun hay piedad en su alma fiera:  
Y bajando la punta de su lanza,  
Con espresion de cariñosa oferta  
Tendió á José la mano, un franco asilo  
Ofreciéndole allá en su fortaleza,  
Que de una roca en la postrera punta  
Al nido de las águilas semeja.  
José y Miriam gozosos, apreciando  
Del bandido la rústica franqueza,  
Le siguieron, y el techo maldecido  
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

Á la mitad del venidero día,  
Á pasar los calores de la siesta,  
Y á la vista de Ramla, hicieron alto,  
En un bosque de nópales é higueras.  
Allí sobre un florido entapizado  
De narcisos, renúnculos y anémonas,  
Al de una fuente arrullador murmullo  
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.  
Y pasado el calor, de nuevo en marcha  
Tomaron de Belen la nota senda,  
Donde encontrar pensaba el santo esposo  
Un camello, en las áridas arenas  
Del desierto, animal indispensable.  
Miriam y el tierno niño hasta su vuelta  
Le esperaron, ocultos en las sombras  
De una vecina y lóbrega caverna. —  
Y unidos á mercante caravana,  
Dejaron los confines de Judea  
Por fin, burlando así del rey impío  
La venganza terrífica y sangrienta.

## IV.

En tanto no pudiendo de los magos  
Averiguar Herodes el camino,  
Con astucias y pérfidos halagos,  
Velando de sus iras los amagos,  
Va minando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso  
Va por el niño rey del trono hebreo  
Que le trae tan inquieto y receloso:  
Mas burlado creyéndose, furioso,  
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

• Y a los torpes satélites inmundos  
Esclavos que le cercan en su trono  
Así ordenó en acentos iracundos:

« Porque ese niño objeto de mi encono  
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,  
Y en ella ántes, y luego en cuanto abarca  
El estenso confin de su comarca,  
¡No escape á vuestra espada enfurecida  
Ni un solo niño hebreo con la vida! »

Y los crudos malvados asesinos,  
Del mandato de sangre ejecutores,  
En Belen y sus pueblos convecinos,  
Como devastadores torbellinos  
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron  
Al filo sin piedad de sus puñales  
Los niños todos de Judá. — Y se oyeron  
Gritos que el corazón estremecieron  
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable  
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;  
Y al oír los maternos alaridos,  
Un ¡ ay! de horror, inmenso, inesplicable,  
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo  
Surcando van el piélagos arenoso  
Al soplo del *simun* abrasador;  
Y ámbos de amor ardiendo generoso  
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena  
Aquel cielo de fuego que desploma  
Sus mortíferos rayos en la arena,  
Y como al sol la cándida azucena,  
Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura  
De su regazo oculta cariñosa;  
Hasta encontrar en la letal llanura,  
Bajo verde enramada deliciosa,  
Escondida corriente de agua pura.

Á veces en el árido desierto,  
En la agonía del soñar despierto,  
Simula el sol con engañoso halago,  
Á su sed agua, á su cansancio puerto,  
Un azulado y trasparente lago.

Y cual la roca de Saron, levanta  
Al frescor de la lluvia apetecido  
La frente sobre el tallo enardecido;  
Así alegre Miriam, la tarda planta  
Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura  
Sus frentes y sus bocas abrasadas,  
Ya tocan del oasis la verdura;  
Mas ven solo al llegar, con amargura,  
Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,  
Se detiene la rica caravana  
Y en sus tiendas aguarda la mañana;  
Mas solo el azulado firmamento  
Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados  
Del diurno sol, al húmedo rocío  
Nocturno, sienten doloroso frio:  
José y Miriam entónces desvelados,  
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba  
Alto clamor de espanto y agonía,  
Que el aura de la noche conturbaba.  
Era que el feroz árabe atacaba  
Las tiendas: — Blanca de terror, Manía,

Del cuerpo virginal viviente muro  
En torno del infante bien amado  
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,  
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,  
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines  
Del país de los sabios Faraones;  
Y vieron elevarse entre jardines,  
Sus templos de acerados torreones,  
Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas  
En el campo azulado de los cielos;  
Del Nilo las riberas florecidas  
Y sus ondas de blancos barquichuelos  
Y hermosas naos sin cesar hendidias.

Pero aquella region afortunada,  
Por su ciencia y valor tan afamada,  
De monumentos y tesoros llena;  
¡Es á José y Miriam la tierra ajena,  
Y está muy léjos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso  
Pasando, á Matarieh se dirigieron;  
Y allí, tocado el fin del afanoso  
Camino, aun otra vez en el reposo  
Y en la paz de los ángeles vivieron

## LIBRO DÉCIMO.

## LA VUELTA A NAZARET.

## I.

Hora tras hora pesada,  
Día tras día afanoso,  
Para Miriam y su esposo  
El largo espacio corrió  
De siete penosos años,  
Pasados en la estrechez  
De la más dura pobreza  
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido  
De los magos el tesoro  
Aquel puñado de oro  
Que dieron al niño Dios:  
Y el nieto de régia estirpe  
Convertido en jornalero,  
Trabajaba el día entero  
Con incansable tesón.

Más á tan ruda fatiga,  
El suelo inhospitalario  
Daba tan corto salario,  
Que volvió más de una vez  
Al techo dó resignada  
Miriam, le aguarda serena,  
Sin lo bantaste á la cena  
Parca y frugal de los tres.

Y más de una triste noche,  
Y más de un aciago día,  
El Dios infante gemía  
Por un pedazo de pan.  
Y sus lágrimas la madre  
Recatando al tierno niño,  
Acaso en voz de cariño  
Calma su pueril afán.

Más el venturoso día  
Se acercaba por momentos  
De dar fin á los tormentos  
Sufridos con tal valor.  
Y una noche que tranquilo  
José en los brazos del sueño  
Dormía, ante sí risueño  
Miró al ángel del Señor.

« Alzate luego, le dijo ;  
Toma al niño y á su madre,  
Y á la pátria de tu padre  
Marcha con seguro pié :

Que los que al niño buscaban  
En su saña maldecida  
Para quitarle la vida,  
Han muerto ya en Israel. »

Y José al niño tomando  
Y á Miriam, siguió el camino :  
Mas á Sion ya vecino,  
Los cautos pasos torció. —  
Que Arquelao, hijo de Herodes,  
Reina tirano en Judea,  
Y José de Galilea  
La nota senda tomó.

¡ Cuánto el destierro es amargo !  
¡ Cuán dulce del pátrio suelo  
Volver á mirar el cielo  
Que nos cobijó al nacer !  
¡ Y respirar cuánto es dulce  
Sus auras embalsamadas,  
Y de sus fuentes amadas  
Mirar las aguas correr !

¡ Y en el sacro hogar paterno  
Recordar de nuestra infancia  
La feliz, pura ignorancia  
Que tan fugace pasó ! —  
¡ Y las amantes caricias  
Que nos hizo nuestra madre,  
Y los consejos que un padre  
En su experiencia nos dió ! —

¡ Y los amigos primeros  
Que en nuestra infancia tuvimos !  
¡ Y la escuela en que aprendimos  
Nuestra primera lección !...  
¡ Santas, queridas memorias  
Que á pesar de la impía suerte  
Vivas guarda hasta la muerte  
El humano corazón ! ..

Después de tan larga ausencia  
Miriam y el esposo amado  
En su hogar abandonado  
Van al fin á descansar ;  
Mas roto por varias partes  
Miran el humilde techo,  
Y el pobre muro deshecho  
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,  
Y morenas parietarias,  
En las celdas solitarias  
Crecen frondosas al sol ;  
Y el humilde patiecillo  
Cubren zarzas espinosas,  
Y en sus paredes ruinosas  
Busca asilo el caracol.

Al soplo tremebundo  
Del recio vendabal ?

Viuda, al caro esposo,  
Lamenta desdichada ;  
Amante, al cariñoso  
Objeto de su amor :  
Y en ayes reprimidos  
La madre desolada,  
¡ Buscando entre gemidos  
Vá al hijo que perdió !

Miriam, la Virgen pura,  
La madre enaltecida,  
La que en la eterna altura  
Casi es á Dios igual ;  
De la divina alianza  
La prenda bendecida,  
La paz y la esperanza  
Del mísero mortal :

Llorosa entónces, mustia  
El alma entristecida,  
En tan terrible angustia  
Olvida su virtud...  
¿ Qué mucho, si se ausenta  
El sol que le dá vida,  
Qué mucho, si lamenta  
Perdido á su Jesús ?...

Volviendo á su morada  
Desde Salen divina,  
De gentes circundada  
Que van á Nazaret ;  
Al ver tras blanco velo  
La estrella vespertina,  
Luciendo ya en el cielo,  
Cercano á anochecer.

La marcha fatigosa  
En rústica posada  
Detuvo cuidadosa ;  
Que el hijo de su amor  
Con otros jovencuelos  
Sus deudos, la jornada  
Siguió ; y con mil recelos  
Le tiembla el corazón.

José vendrá sin duda  
Con ellos ; del camino  
La marcha larga y ruda  
Tal vez los fatigó ;  
Mas ya en el patio ondea  
Su manto blanquecino,  
Y aun á la luz febea  
Jesús no apareció.

Y en la celda abandonada  
Dó en Miriam inmaculada  
Se encarnó el divino Verbo  
Para salud del mortal ;  
Como del bosque en las lomas,  
Se anidan unas palomas,  
Dichosas allí al abrigo  
De la lluvia equinocial.

Hechos por fin de la choza  
Los reparos más urgentes,  
Volvieron los inocentes  
Días de grato solaz.  
Y el ilustre carpintero  
De Jesús mismo ayudado,  
De nuevo en su hogar amado  
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta  
Pasaron lunas sesenta,  
Sin separarse un instante  
Ni en la visita anual,  
Que fieles observadores  
De la ley de sus mayores,  
Á Jerusalem hacían  
En la época pascual.

## EL NIÑO PERDIDO.

## II.

Al aire destrenzada  
La blonda cabellera,  
La túnica rasgada,  
Y en llanto de dolor  
Bañado el rostro puro,  
Que al sol envidia fuera,  
Por tu recinto oscuro  
Va una muger, Sion.

¿ Qué crudo, amargo duelo  
Lamenta la cuitada ?  
¿ Qué horrible desconsuelo  
Su pecho laceró ?  
¿ Esposa, vése viuda ?  
¿ Ó es virgen desposada  
Que con fiera cruda  
Su amante abandonó ?

¿ Ó es huérfana que llora  
Con ayes de agonía,  
La sombra protectora  
Del techo paternal ;  
En medio al mar del mundo  
Mirándose sin guía

Y luego van llegando  
Los otros uno á uno,  
Á todos preguntando  
Miriam en su inquietud ;  
Mas nadie le responde,  
Que no le vió ninguno...  
— « ¿ Por qué de mí se esconde  
Mi gozo, mi salud ? »

Ya las nocturnas nieblas  
Invaden la llanura ;  
Se palpan las tinieblas  
Del bosque en derredor :  
Y el campo ilimitado,  
Y la caverna oscura,  
Y el aire conturbado,  
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,  
Ni monte ni ladera,  
Ni precipicio mudo  
Quedó en aquel confin ;  
Que en eco lamentable  
El ¡ ay! no repitiera,  
Que lanza inconsolable  
Miriam en su gemir.

Y al venidero día,  
Apénas respirando  
José con su MARÍA  
De nuevo entró en Sion ;  
Y van de puerta en puerta  
Del niño preguntando,  
La débil planta, incierta,  
Con miedo el corazón.

Y en vano su recinto  
Recorren, y es en vano  
Que en medio al laberinto  
Pregunten con afán :  
Y redoblando el lloro,  
Al templo soberano  
En pos de su tesoro  
Con esperanza van.

Con sencillez vestido  
Como un vulgar esenio,  
El rostro algo teñido  
Del sol primaveral ;  
Y de sus garzos ojos  
De mas que humano genio  
Brotando en rayos rojos  
Un límpido raudal :

Castaños los cabellos  
Que en ondas bipartidos  
De rizos cubren, bellos  
La espalda mas gentil ;

De ancianos y doctores  
Que escuchan conmovidos  
Los tonos vibradores  
De aquella voz pueril :

Cercado, del gran templo  
Só el pórtico sagrado  
Dó van á dar ejemplo  
Los sabios de Israel ;  
Discurre un tierno niño,  
Y el pueblo arrebatado  
Esclama en su cariño :  
« ¿ Es ángel, ó un Daniel ? »

« ¡ Jesús! ¡ el hijo mio ! »  
Clamó una voz suave,  
Rompiendo del gentío  
Por el revuelto mar :  
Voz límpida, argentina,  
Y al propio tiempo grave,  
En que el placer domina  
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,  
En cercos de ora y grana,  
Muestra su rubia frente  
La aurora matinal ;  
Sobre la mar dormida  
Trayendo la mañana,  
De luz llenando y vida  
Sus ondas de cristal :

Tal, jóven cuanto hermosa.  
En lágrimas bañada,  
Se acerca presurosa  
Al niño una muger ;  
Y en voz de gran ternura :  
« ¿ Por qué así abandonada,  
Tan hórrida amargura  
Me hiciste padecer ? »

Y el niño en desabrida  
Respuesta misteriosa :  
« ¿ Por qué tan afligida,  
Por qué me buskais vos ?  
¿ No veis que cumplo, Madre,  
Mi obligacion forzosa,  
No veis que de mi padre  
Me ocupo y de mi Dios ? »

A réplica tan dura,  
José y Miriam callaron,  
Que la sentencia oscura  
No pueden comprender :  
Mas luego juntamente  
Los tres encaminaron  
El paso alegremente  
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron días  
De gozos celestiales  
De inmensas alegrías  
Y paz del corazón ;  
Y mientras el niño crece  
En días terrenales,  
Ante su Dios acrece  
En gracia y perfección.

### MUERTE DE JOSÉ.

#### III.

Como en medio á la calma mas profunda  
Suenan acaso del trueno el estampido,  
En pos de algun relámpago temido  
Que de rojo fulgor la tierra inunda :  
Así en la santa paz que le circunda,  
José por la vejez enflaquecido,  
Llegar miró el instante apetecido  
Del justo. — Con mirada moribunda  
Ve á Jesús y á Miriam que en triste lloro  
Cercan su lecho, y al momento espira.  
Jamás terrestre rey, igual decoro  
En torno tuvo á su funérea pira :  
Lloró Miriam, y del sencillez duelo  
Al frente, ¡ triste marcha el Rey del cielo !

### LIBRO UNDÉCIMO.

#### PREDICACION DEL EVANGELIO.

#### I.

Sonó por fin la afortunada hora  
En el reló del tiempo no cansado  
Jamás. — ¡ Lució por fin la limpia aurora,  
El momento anhelado,  
Que habia en sus designios señalado  
El Hacedor profundo  
De eterna vida y libertad al mundo !

El hora en que el mentido paganismo  
Con sus groseros símbolos y altares  
Se hundiera para siempre en el abismo ;  
Y que en tierras y mares  
Fundara indestructibles sus sillares,  
Del mismo Dios en nombre,  
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados  
Vacilan los imperios conmovidos ;  
Los prepotentes cetros respetados,  
Los tronos carcomidos,  
Caen en menudo polvo convertidos ;  
Y ya el antiguo culto  
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas  
Abandonan sus antros sepulcrales,  
Y no manchan sus bóvedas tranquilas  
Conjurios infernales.  
Sacerdotes, augures y vestales  
No dan torcido ejemplo  
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa  
Hierva en el corazón de los humanos ;  
Volcan que só la mole ponderosa  
De montes soberanos,  
De la tierra en los cóncavos arcanos  
Á su pesar sumido,  
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómense á la vez cultos y leyes,  
Ruedan confusos pueblos y naciones,  
Sacerdotes y símbolos y reyes :  
— ¡ Qué inspirados varones,  
Qué fuertes é impertérritas legiones,  
Vendrán del mundo muerto  
A repoblar el árido desierto ?

De aquel peñasco, apénas conocido,  
De Nazaret, brotó en raudal escaso  
Un arroyo entre zarzas escondido ;  
Mas que ha de abrirse paso  
En breve del Oriente hasta el Ocaso,  
Al Norte y Mediodía,  
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,  
Apénas á la sed de un pajarillo  
Bastante : luz que trémula fulgura  
De débil lucerillo ;  
Y en breve, mar de luz, ¡ á cuyo brillo  
Esplenden en lo oscuro,  
Lo pasado y presente y lo futuro !

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso  
Que presenció del hijo de María  
El lento padecer y la agonía,  
Fué el signo esplendoroso,  
Lábaro de un imperio poderoso,  
Al aire tremolado,  
Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,  
De eterna vida manantial fecundo,

De donde todo bien copioso mana :  
Del poder sin segundo  
La buena nueva prometida al mundo :  
Y aquella voz divina  
Dijo al muerto : « ¡ Levántate y camina !

Y el cadáver se alzó : — galvanizada  
Se irguió la conmovida muchedumbre :  
Respiró la muger emancipada :  
De abyecta servidumbre,  
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre :  
¡ Y ante su Dios iguales  
Se abrazaron felices los mortales !

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro  
Suspendido en mitad del firmamento,  
Al ciego luz, al desvalido amparo :  
Y el magnate opulento,  
Y el tirano en sus iras turbulento,  
En su maldad temblaron  
¡ Y ante el poder eterno se humillaron !

## II.

Llegó para Miriam el triste día  
De larga ausencia y despedida amarga ;  
Jesus, el hijo de su amor querido  
Salió de Nazaret una mañana,  
El pasó dirigiendo á las riberas  
Que del Jordán las amarillas aguas  
Riegan, y adonde entonces el Bautista  
Con su mision cumpliendo bautizaba.  
La vida de Jesus, no ya secreta,  
Mas pública va á ser : de la morada  
Materna se despide, pobre, solo,  
En situacion humilde, y sin mas armas  
Que su valor, paciencia y mansedumbre.  
Con tan débiles fuerzas se prepara  
Costumbres á atacar, usos y leyes,  
A lidiar contra pueblos y monarcas  
Y vencerá en la lucha, que su brio  
Del mismo seno del Señor emana ;  
¡ Mas cubrirá el laurel de la victoria,  
Del muerto triunfador la frente helada !

¡ Cuánto pesar y dolorosa angustia  
Rasgaron de Miriam crudos al alma !  
¡ Ella que ve lanzarse el generoso  
Jóven, de aquella mar tan agitada  
En las revueltas, encrespadas olas,  
Donde tantos profetas naufragaran !  
El insensato orgullo, el fanatismo  
Torvo ; la hueste toda sanguinaria  
De las malas pasiones, solo, inerme,  
Va el *Justo* á combatir : — La gente prava  
Que domina en la torpe sinagoga ;  
Del fariseo hipócrita las tramas,

Su feroz ambicion, su cruda envidia,  
Su innoble miedo, su intencion bastarda ;  
¡ Y del rey de linaje advenedizo  
La cobarde, terrible suspicacia !

No era Miriam de aquella heróica estirpe  
Que dió á Judá tan célebres monarcas  
Vástago indigno, no ; en el noble pecho  
Un corazon impávido alentaba ;  
Mas recuerda las santas profecias,  
Los anuncios mesiánicos, y el alma  
Mira ante sí con lúgubres colores  
Un cuadro aterrador que la amenaza :  
Por eso al despedirse el hijo caro,  
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,  
Roto su corazon dentro del seno,  
Y anudada la voz en la garganta ;  
Cuando el débil rumor ya no percibe  
De los pasos de aquel que tanto ama,  
Cubrióse con su velo, y pensativa,  
Muda como el dolor, enajenada  
Quedó, pensando en los pasados días  
De ventura y de paz ; memoria amarga  
De la dicha que fué ; ¡ presagio triste  
Del porvenir horrendo que la aguarda !

Pasan días tras días ; — perezosas,  
Noches eternas que jamás acaban  
¡ A la inquietud materna, y á su asilo  
Aun no vuelve Jesus. — Noticias vagas  
Anuncian á Miriam que el hijo suyo  
Ha entrado en las estériles montañas  
Á Jericó vecinas. — El cordero  
Sin duda al acercarse á la elevada  
Obra de redencion, el trato esquivo  
De la turba mortal ; y en la plegaria,  
Y en la meditacion y en el ayuno,  
¡ A la lucha tremenda se prepara.  
¡ Ay ! ¡ cuánto de temor y pena ruda  
Desgarran de María las entrañas !  
Si acaso de la noche en las tinieblas  
Suena la ronca voz de las borrascas,  
¡ Qué horrible padecer ! — ¿ Bajo qué abrigo  
Guarecerá la frente delicada  
El amado Jesus ? — ¿ Qué luz piadosa  
Amiga alumbrará su débil planta,  
Al borde de los hondos precipicios  
Donde solo anidar pueden las águilas ?

Así cuarenta soles, que centurias  
Parecen á la madre acongajada,  
Pasaron ; mas al fin volvió el Mesías,  
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

## LAS BODAS DE CANÁ.

## III.

Entonces en Caná de Galilea  
Un consorcio feliz se celebró,  
Y juntos fueron hácia aquella aldea  
María y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ámbos esposos  
Eran, y de la estirpe de Judá,  
Y á su hijo y á ella, cariñosos,  
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escasez  
De los recién casados la fortuna,  
Y en manjares y vinos pobre tasa  
Habia, por demas inoportuna.

Y como á la mitad de la comida  
El vino se apuró, Miriam atenta  
Observó la mirada entristecida  
Del esposo á la esposa que se ausentó.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha  
Está, le dice así : « No tienen vino, »  
Y él, al oír la voz con que le estrecha :  
« ¡ Aun no he llegado al fin de mi camino ! »

Responde, mas Miriam que á sus parientes  
Quiere evitar humillacion tan dura,  
No desespera aun, y á los sirvientes  
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo : « Haced cuanto él os diga. »  
Habia para hacer las oblaciones  
A que la antigua ley al hombre obliga,  
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Allí. — Mandó Jesus á los sirvientes  
Que á una vecina fuente las llevaran,  
Y de sus aguas puras, transparentes,  
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso  
Vino trocóse el agua en el instante,  
Y á tal prodigio se asombró el esposo  
Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera  
Que mirase brotar el milagroso  
Poder, que en tan efimera carrera  
Iba á ostentar el Nuncio poderoso.

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 2o.

Y todos los presentes se admiraron,  
Y su inmenso poder reconocieron,  
Y sus menores signos acataron,  
Y su misericordia enaltecieron.

## IV.

Aquel milagro de Caná, seguido  
En breve de un millon,  
Señaló que ya el tiempo era venido  
Del fin de su mision.

Á su voz las tormentas se aplacaban,  
Los demonios huían,  
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,  
Los muertos revivían.

Do quiera que en aquel dichoso suelo  
Su planta descansaba,  
Cesaba el llanto, enmudecía el duelo  
Y el odio se calmaba.

Y venían á él desde Judea,  
De Tiro y de Sidon,  
De la remota Arabia y de Idumea  
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida  
Llegaba hasta su pié ;  
Eterna fuente de salud y vida,  
Vida y salud dá él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura  
Los ciegos afligidos,  
Y cruzan la montaña y la llanura  
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,  
La adúltera perdona,  
Y arranca de los brazos de la muerte  
Al niño y la matrona.

« ¿ Quién es este, clamaba el fariseo,  
Que vá contra la ley ? »  
« ¿ Quién, temblando de susto el idumeo,  
Este que aclaman rey ? »

« ¿ Quién es el que aconseja al ultrajado  
Generoso perdon ? »  
« ¿ Quién es el que combate denodado  
La usura y concusion ? »

Y así como en la oscura madriguera  
Por hombres acosada,  
Se prepara á lidiar la brava fiera  
Cabe á su prole anada ;

El escriba avariento, sobre el oro  
Al pobre arrebatado,  
Se apercibe á la lid por el tesoro  
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo  
La lid, astuto infama  
Á Jesus, y en lo oscuro va tendiendo  
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida  
Del alma torpe niega,  
Á la múltiple hueste maldecida  
Iracundo se agrega.

Así, sus mútuos odios deponiendo  
Se adunan los traidores,  
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,  
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido  
Rugía en lo lejano,  
Como acaso escuchamos el bramido  
Del remoto Oceano.

Mas al rumor creciente, de María  
Temblaba el corazón,  
Y miraba acercarse la agonía  
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas  
Al hijo con afán  
Llegó con él un día á las riberas  
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,  
Y siguió decidida,  
Y abandonó su vida acostumbrada  
Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,  
Discípulos fervientes  
De Jesus, de amorosos corazones  
Y espíritus valientes.

#### ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

##### V.

¿Qué júbilo inmenso resuena,  
Sion, en tu vasto confin?  
¿Qué gozo inefable enajena,  
Salen, tu recinto feliz?  
¿Dó van tus resueltos varones  
Cantando triunfales canciones?  
¿Por qué suena el laud?

¿Qué triunfo electriza sus almas?  
¿Acaso el romano cayó?  
¿Por qué se despojan las palmas  
Del manto que el cielo les dió?  
¿Por qué tu llanura arenosa  
Reviste esa capa frondosa?  
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,  
Los niños en coro pueril,  
Repiten en cántigas bellas  
Pulsando del padre David  
El arpa de voces tan puras:  
«¡ Hosanna en las alturas!  
¡ Bendito el enviado de Dios!

¿Quién es el monarca temido,  
Que llega á tus puertas, Salen?  
¿Quién es ese rey tan querido?  
¿De Dios el enviado, quién es?  
De inmensa legión circundado,  
En carro de triunfo adornado,  
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino  
No viene en un carro triunfal;  
Ni acero feroz, damasquino  
Empuña su mano real:  
Ni en pompa homicida de guerra  
Le anuncian por rey de la tierra  
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando  
Se acerca del mundo el Señor,  
Á diestra y siniestra lanzando  
Benignas miradas de amor.  
Por armas la palma y la oliva,  
Por premio la fé siempre viva,  
¡ Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,  
Las madres que acata Israel,  
Y ancianos y tiernos garzones  
Confusos en raudal tropical;  
Y esposas y vírgenes puras:  
«¡ Hosanna en las alturas  
Esclaman, al sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento  
Que suena en el vasto confin,  
Llevado en las alas del viento,  
Llegó cual la voz del clarín,  
Sion, á tus calles oscuras,  
«¡ Hosanna en las alturas,  
Clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado  
Y el agua que corre á su pie;

Del templo el recinto sagrado  
Y el viento que gime al través:  
Y el ruiseñor que en la enramada trina,  
Y el aura embalsamada matutina,  
En puro acento de perenne amor;  
Clamando van en montes y llanuras:  
«¡ Hosanna en las alturas,  
Al que viene en el nombre del Señor!»

#### LIBRO DUODÉCIMO.

##### MARIA EN EL CALVARIO.

##### I.

Aun no estaba marchito el verde manto  
Que de *Betania* revistió el camino,  
Cuando ardiendo Sion en gozo santo  
El Cristo á saludar rápida vino;  
Aun repiten gozosos aquel canto  
Los ecos del país circunvecino,  
Y las auras turbadas se estremecen  
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando  
Los ámbitos del monte y la llanura,  
Á amigos y contrarios vá llenando  
De pasmo y de alegría y de pavora:  
Aquel acento horrisono y nefando,  
Envuelto en la traicion y la impostura,  
Caro á muchos y á pocos detestable,  
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,  
Y á los que favorece la fortuna,  
Viles escribas, pérfidos doctores,  
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;  
Del gran templo en los arcos exteriores  
Se arremolina el pueblo, é importuna  
Una vez y otra vez al fariseo  
Por el nombre y los crímenes del reo.

— ¿Es ladrón, ó falsario ú homicida  
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano  
Intentó quebrantar en lid reñida  
La suma prepotencia del romano?  
¿Escándalo del mundo, el parricida  
En sangre paternal bañó su mano;  
Ó en las sagradas bóvedas del templo  
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo  
Que se debe á los reyes de la tierra;  
Jamás dió su palabra amargo fruto  
De infausta division, ni cruda guerra:  
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,  
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,  
Huyen al resonar su blando acento,  
Cual leve arista que arrebató el viento.

Léjos de hacer brotar de ajenos ojos  
Lágrimas de amargura, amante llora  
Sobre las penas, lágrimas y enojos  
Que la vida mortal en sí atesora:  
Léjos de complacerse en los despojos,  
En la humildad y en la pobreza mora;  
Dá vista al que jamás el sol mirara,  
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura  
La blanda, salutífera doctrina,  
Su voz suave de la letra oscura  
Los profundos arcanos ilumina:  
Á los de fé mas débil asegura,  
A los que van á ciegas encamina,  
Y á dó su vista ó su palabra alcanza  
¡ Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores  
Tiene el profeta crímenes bastantes:  
Él, de la ley los llama torcedores;  
Él, del templo arrojó á los traficantes:  
Y á saciar su venganza y sus rencores,  
Con ronca voz y labios espumantes,  
Costumbres violan y traspasan leyes,  
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada  
Con oro vil, se valen los villanos,  
Y á poner en la víctima sagrada  
Van iracundos las infemas manos:  
Velando su impostura refinada  
A varones y vírgenes y ancianos  
De Israel, con ayunos y con preces,  
Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna  
Del odio y el rencor de los mortales,  
Sufrir tantas afrentas una á una,  
Tantos dolores, ni tormentos tales:  
Jamás tan negro fin de su fortuna  
Vieron los mas odiosos criminales,  
Ni para ajar tan límpida pureza  
Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta  
Arráncanle sus sacras vestiduras,  
Y el acerado azote se ensangrienta  
En las perfectas formas, cuanto puras;